

a hacer un realismo social y a mostrar con cierta evidencia aspectos de esa realidad. Sin embargo, yo he leído muy buenos libros que son o pertenecen a las concepciones de esta escuela sin que yo mismo me confunda con ellos. No me gusta autodefinirme, pero no me considero adscrito a esta tendencia. Se exagera por parte de la crítica en descalificar una tendencia que, si bien puede tener bases teóricas que no sirven para todas las realidades, todas las sociedades o para todas las situaciones, ha demostrado dar buenas obras a la literatura.

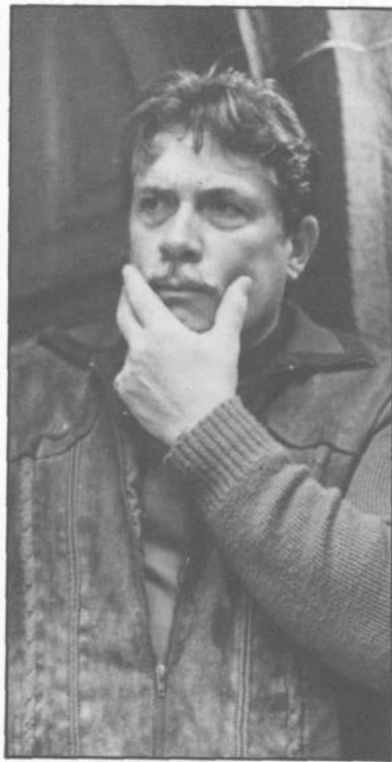
¿Habría gratuidad en la crítica, entonces?

Puede ser.

Volviendo ahora a tu propio trabajo; hay diferencias importantes entre tus primeros relatos y los de "Dos lagartos en una botella", por ejemplo. ¿Cuál es tu perspectiva de esos cambios?

Escritos a casi quince años de distancia por una persona que ha estado escribiendo siempre, pienso que tiene que haber una diferencia. El escritor es un aprendiz toda la vida. Hasta los más grandes escritores de las obras más acabadas son todavía unos aprendices. No se termina nunca, se está en constante evolución y los cuentos de *Dos lagartos en una botella* muestran lo que pasa con doce años de trabajo; y, desde luego, creo que son más acabados donde posiblemente se ha plasmado ya un estilo, una forma de expresión sólida. La diferencia está en los quince años en sí, de maduración de la persona; es decir, en la mayor profundidad con que se logran ver los gestos de la vida y en el acentuarse de los puntos de vista (que fundamentalmente son los mismos, porque creo que estos han seguido siendo los expresados en *Gente Solitaria* y *Amaneció Nublado*; sobre el amor, sobre la amistad, sobre la soledad, sobre la vejez). Creo que esto no ha cambiado mucho, pero sí se ha afinado y ha llegado a una mayor síntesis, que es un poco lo que yo busco en la literatura. Es decir que mantendrías intacta tu declaración de fe, en el sentido de que la literatura "es una herramienta de las muchas que trabajan incansablemente y de muchas formas por cambiar la sociedad", tal como la formulaste en esos primeros años.

Sigo pensando exactamente lo mismo, quizás con un poco más de escepticismo hoy en día respecto a las posibilidades de la literatura de cam-



biar nuestro estado de cosas; pero, en todo caso, sigue siendo una de las muchas herramientas. Yo lo he sentido, porque hay libros que he leído y me han hecho cambiar; es decir, me han ayudado a buscar y a encontrar realidades más allá de mis narices. Y el encuentro de esas realidades me ha llevado a tener formas de comportamiento distintas.

Algo parecido a lo que sucede con el exilio si uno sabe aprovecharlo, como sucedió en tu caso.

Es cierto; a mí el exilio me despertó el latinoamericanismo, me desprovincionó, pues me hizo conocer y entrar en contacto con escritores argentinos, panameños, uruguayos, nicaragüenses que vivían en México y muchos de los cuales se iban yendo en la medida en que cambiaban las situaciones de sus países. Eso fue una experiencia muy interesante porque de algún modo hay una especie de éter común entre los escritores de distintas partes y especialmente cuando tienen el mismo norte. Fue la gran lección del exilio.

Pero en tu trabajo concreto, ¿cómo actuó el exilio, qué consecuencias trajo para tu literatura?

A mí el exilio me produjo un acercamiento al lenguaje chileno. Por el hecho de estar fuera y desconectado se me produjo la necesidad de acentuar mi identidad; entonces

yo, que soy un escritor coloquial y que ya lo era, me puse más coloquial y empecé a usar con mayor frecuencia y con mayor conciencia chilenismos del habla nuestra. Eso fue una primera etapa. En una segunda etapa me sucedió el fenómeno contrario; noté que se incorporaban a mi lenguaje mexicanismos y ritmos que al principio me alarmaron un poco y que después incorporé normalmente, hasta acercarme a un juego en el decir, donde lo chileno y lo mexicano se confunden uno con otro. Es un fenómeno típico en todos los exiliados y que el escritor, por oficio, debe solucionar en su trabajo.

Eso confirma la opinión de que el escritor, en cualquier situación, es siempre un privilegiado; a diferencia tuya, el cuadro común del exiliado es su dificultad con el medio, la añoranza, la asimilación progresiva....

Para mí el problema nunca fue de adaptación, ya que yo había vivido muchos años en México y fuera de Chile, sino que la imposibilidad de volver. Por lo mismo, siempre defino el exilio como parte de un binomio. La otra parte del binomio sería el retorno: o sea que sin el retorno como meta no hay exilio. El que pierde la meta pierde su condición de exiliado. **¿Y por qué tantos lo han perdido?**

No sé. Eso tendrá que decirse con una perspectiva mayor de tiempo. Es cierto que muchos la han perdido, pero no sabemos si son tantos en relación a todos los que hay. Yo siento que están volviendo muchos, porque diez años es un período muy largo, muy crítico, como que el que no vuelve ahora corre el peligro de no volver nunca más.

Y en ese sentido, ¿cómo ha sido tu retorno? ¿Las gentes, la ciudad, los personajes que creaste hace quince años, permanecen todavía?

La llegada ha sido muelle para mí. Muchos me han dicho que se produce una euforia al principio y que después viene la anti-euforia, que es una especie de depresión. Todavía eso no me ha pasado y espero que no me pase; en general, he llegado a una ciudad que reconozco, la misma del personaje de *Cero a la izquierda*: un Santiago que está en su etapa de crecimiento un poco caótico y cuyos cambios en diez años son los normales, ni tantos ni tan grandes. Si hay personajes nuevos, todavía yo no los puedo identificar, tengo que vivirlos primero. Santiago es una ciudad que todavía está por inventarse. □